

PALABRAS PRONUNCIADAS ANTE LA IMAGEN DEL CRISTO DE LA HABANA

La Habana, 1 de enero del 2000

Al amanecer del año 2000 de esta Era que se inició con tu nacimiento, venimos a Ti, Jesucristo, origen de la vida y consumación de la historia.

¿Qué sería de nosotros sin Ti, que eres el Camino, la Verdad y la Vida?

¿Qué sería de la historia de los hombres si en la tierra no se hubiera escuchado esa palabra tuya: «*Perdónalos, Padre, porque no saben lo que hacen?*». ¿Qué habríamos hecho entonces nosotros, los pecadores? ¿A quién iríamos cuando nos sentimos agotados y ansiosos, si no supiéramos que Tú pensabas ya en nosotros cuando decías: «*Vengan a mí todos los que están cansados y agobiados que yo los aliviaré?*».

¿Cómo enfrentaríamos las amenazas ciertas de los males físicos y morales que afectan al mundo, si no nos hubieras dicho serenamente: «*No teman, pequeño rebaño mío, yo he vencido al mal?*»?

Si no te conociéramos a Ti, el único hombre de la historia humana a quien se le «ha dado todo poder en el cielo y en la tierra», porque «Tú eres el Cristo, el Hijo de Dios vivo», ¿a quién iríamos, Señor?, porque «solo tú tienes palabras de vida eterna».

¿Qué sería de los sencillos, de los humildes, de la buena gente, si tú no hubieras dejado un testamento perennemente intranquilizador para los ricos, los poderosos, los soberbios y los violentos, pero lleno de aliento para los pobres, cuando proclamaste... que son «*dichosos porque de ellos es el Reino de los cielos*» y dijiste también que «*serán dichosos los mansos porque se adueñarán de la tierra... y los limpios de corazón porque verán a Dios*».

¿Qué sería del mundo sin el pesebre de Belén, sin la ternura del Niño-Dios en los brazos de María, sin el canto de los ángeles, sin una estrella en el cielo para alumbrar a los que buscan?

¿Qué sería del hombre sin tu Cruz?, ¿dónde fijarían sus ojos los tristes, los que viven solos y sin afectos, la caravana de pueblos hambrientos que no esperan nada de los que tienen el poder económico y fabrican el dinero, los enfermos de SIDA y otros hasta ahora incurables? ¿Quién sino Tú podrías colmar a quienes tienen una vida rota y vacía, a los que están hastiados de placeres y faltos de amor, a los presos, a los que son prisioneros de sus sentimientos, de sus odios, de sus caprichos y ambiciones y necesitan ser liberados para que la bondad pueda llenar sus corazones, a los que se sienten traicionados u oprimidos y buscan la transparencia de un amigo que nunca falla?

¿Quién puede salvarlos a todos ellos y a nosotros, sino Tú, Jesús de Nazaret, el Salvador?

¿Qué sería de esa hermosa ciudad que está a tus pies, si quienes la habitaron hace cien o doscientos años y los que viven en ella hoy solo hubieran nacido para engrosar el cotidiano cortejo de muerte que termina en un mausoleo fabuloso o en una fosa común?

¿Qué sería la vida de ellos y de nosotros sin tu Resurrección, que es tu triunfo sobre el viejo y último enemigo del hombre: la muerte? Porque Tú has cumplido para todos tu promesa: «*Yo soy la resurrección y la vida, el que cree en mí, aunque haya muerto, vivirá y todo el que vive y cree en mí no morirá para siempre*».

Señor Jesús, para imaginar ese mundo sin Ti, no hay que hacer ningún esfuerzo de abstracción de tiempo o de lugar, basta penetrar discretamente en la vida de muchos hermanos nuestros, de los que habitan en las monótonas casas de Alamar o en los solares abigarrados y oscuros de Centro-Habana, o en las residencias lindas de Miramar, o aún más al oeste. La oscuridad no es solo patrimonio de esa casa-entre-dos de La Habana Vieja, con su bombillo eléctrico siempre encendido;

está también en las terrazas soleadas de los repartos buenos, a donde todos quisieran permutar; porque dicha oscuridad anida en los corazones de muchos que no te conocen a Ti, Cristo, ni te han oído decir: *«Yo soy la Luz del mundo, quien me sigue a mí nunca andará en tinieblas»*.

JESUCRISTO, Luz del mundo, Dios con nosotros, Redentor nuestro, Vencedor de la muerte, Señor de la vida, a Ti te consagramos la Ciudad y la Arquidiócesis de La Habana en este primer día del año 2000, Año Santo Jubilar. Como contemplaste un día, lleno de compasión, desde lo alto, la ciudad Santa de Jerusalén y lloraste por ella, porque no había conocido el tiempo de tu venida; apiádate de cuantos viven en nuestra ciudad y en nuestra Arquidiócesis y bendícelos con amor misericordioso, porque muchos de ellos no te conocen pero te necesitan.

Como quisiste reunir a todos los habitantes de Jerusalén al modo de la gallina que cubre a sus polluelos, congrega en torno a tu corazón a nuestro pueblo e infúndeles tu amor y tu luz.

Danos a todos nosotros, Arzobispo y Obispos Auxiliares, sacerdotes, diáconos, personas consagradas y fieles laicos, el Espíritu Santo, para ser en medio de nuestro pueblo testigos de la Luz, anunciadores felices de tu Reino de amor y de Justicia, comunicadores fieles de la buena noticia que, sin saberlo, esperan: Que Tú, Jesucristo, eres el Hijo de Dios, que en Ti está la salvación.

Que no se cumpla en el futuro lo que hace cuarenta años dijo nuestro gran escritor Fernando Ortiz: «Allí, desde la entrada de la Bahía, los contempla un nuevo testigo, recién llegado, hecho de mármol extranjero, que mira con tristeza hacia un pueblo que nunca ha conocido su Evangelio».

Tu estatua es de mármol, Señor, pero Tú eres la palabra hecha carne y Tú estás vivo entre nosotros. De nosotros, tus seguidores, depende que cada día tu mirada sea menos triste, porque hagamos llegar, cada día, hasta nuestros hermanos la Buena Noticia de la Verdad y de la Vida que Tú les traes. Esos son nuestros propósitos para el Año Santo Jubilar y te los presentamos para que Tú los bendigas.

Gloria a Ti, Jesucristo, el mismo ayer, hoy y siempre, que estarás con nosotros hasta el fin del mundo, que eres desde siempre y vives para siempre con el Padre y el Espíritu Santo, Dios por los siglos de los siglos. Amén.